

Fiódor Dostoyevski

# Los demonios

Traducción directa del ruso  
y nota preliminar de Juan López-Morillas



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Besy*

Primera edición: 1984

Tercera edición: 2011

Décima reimpresión, revisada: 2022

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Julian Andrew Holtom: *Face Fear* (detalle)

© Getty Images

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y nota preliminar: Herederos de Juan López Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-6445-3

Depósito legal: B. 36.894-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 9 Nota preliminar

### Primera parte

- 23 1. Por vía de introducción: Algunos pormenores de la biografía del muy estimado Stepán Trofímovich Verjovenski
- 64 2. El príncipe Harry. La casamentera
- 114 3. Pecados ajenos
- 169 4. La cojita
- 211 5. La serpiente sabia

### Segunda parte

- 273 1. Noche
- 335 2. Noche (continuación)
- 367 3. El duelo
- 383 4. Todos a la expectativa
- 413 5. Antes del festival
- 445 6. Idas y venidas de Piotr Stepánovich
- 501 7. En casa de Virguinski
- 533 8. El zarévich Iván
- 547 9. Registro en casa de Stepán Trofímovich
- 559 10. Filibusteros. Una mañana funesta

### Tercera parte

- 591 1. El festival: Primera sección
- 629 2. Fin del festival

## Índice

666	3.	Fin de unos amoríos
693	4.	Decisión final
723	5.	La vagabunda
763	6.	Noche de ajetreo
804	7.	Última peregrinación de Stepán Trofímovich
846	8.	Conclusión
863		Apéndice
865		Visita a Tijon

## Nota preliminar

El 21 de noviembre de 1869, en un estanque en las cercanías de la Academia de Agricultura de Moscú, fue hallado el cadáver de un alumno de esa institución llamado Ivanov. La muerte había sido causada por una herida de bala en la cabeza y el cadáver había sido arrojado al fondo del estanque con ayuda de piedras atadas al cuerpo. Las diligencias policíacas pronto pusieron en claro que se trataba de un asesinato cometido por un grupo de cinco personas instigado por un tal Serguéi Necháýev, joven discípulo y agente del patriarca del anarquismo revolucionario M. A. Bakunin. Pocos meses antes, Necháýev había regresado a Rusia procedente de Ginebra, donde había aprendido y refinado algunos de los métodos revolucionarios de patrocinaba Bakunin. Uno de ellos consistía en formar grupos o «células» de cinco personas, que le prestasen ciega obediencia, y convencerlas de que, desparramadas por toda Rusia en gigantesca red, había células idénticas, cada una independiente e ignorante de las demás, pero todas ellas vinculadas por sus jefes respectivos a la Organización Revolucionaria Mundial. Uno de estos grupos, posiblemente el único que

en realidad existía, había sido instigado por el propio Necháyev a asesinar a Ivanov, uno de los cinco miembros, alegando que éste se negaba a acatar instrucciones recibidas de Ginebra y, por añadidura, se proponía delatar a sus compinches. Una vez cometido el asesinato, Necháyev logró escapar a Suiza, pero un par de años después las autoridades rusas consiguieron su extradición y fue sentenciado a veinte años de presidio. Los otros cuatro asesinos habían sido ya condenados a trabajos forzados en Siberia.

El lector de *Los demonios* comprueba que el asesinato de Ivanov corresponde casi al pie de la letra a uno de los incidentes cardinales de la novela: el asesinato de Iván Shátov por cuatro miembros de un «grupo de cinco» inducidos por Piotr Verjovenski, encarnación novelesca de Necháyev. Historia y novela se combinan, pues, en insólita medida, porque en este caso la historia brindaba a Dostoyevski un suceso que la ficción a duras penas podía sobrepasar en sensacionalismo y horror. Pero no era sólo eso. El «caso Necháyev» venía también a demostrar lo que el novelista creía a pies juntillas por aquellas calendas: que el radicalismo revolucionario de Necháyev y sus secuaces (y, en la novela, de Piotr Verjovenski y los suyos) era algo así como una «posesión demoníaca», una infección maligna venida de fuera que acabaría por corromper los órganos vitales de Rusia, a saber, la religiosidad instintiva del pueblo ruso, su conciencia nacional, su hondo tradicionalismo y su misión redentora respecto del mundo de Occidente.

Dostoyevski probablemente leyó en Dresde, donde a la sazón se hallaba, los reportajes periodísticos del «caso Necháyev» y, de regreso en Petersburgo, los detalles del procesamiento y condena de los demás miembros del grupo. Cuanto mejor iba conociendo el «caso» y a los participantes en él, tanto más se aguzaba el interés del novelista en la psicología y, más concretamente, en la ética del radicalismo

político, y tanto más apremiante le parecía dilucidar la cuestión de si los nihilistas «nacen» o «se hacen» tales. El Dostoyevski regresado de Siberia en 1859, donde había purgado durante nueve años sus juveniles aficiones socialistas e iniciado su desplazamiento al conservadurismo social y político, se aferró a la idea de que los jóvenes revolucionarios de 1870 eran hijos en espíritu de los intelectuales europeizantes de los decenios treinta y cuarenta, partidarios de un liberalismo moderado y nebuloso, y de que aquellos polvos habían traído estos lodos. El problema de «padres e hijos», esto es, el conflicto entre generaciones, lo representan en la novela Stepán Verjovenski, «occidentalista» discursador, irresoluto y cínico, y su hijo Piotr, activista radical, menos elocuente que su padre, pero muchísimo más cínico. Lo que les une es una negación: el desconocimiento de Rusia y la indiferencia ante su destino histórico.

La historicidad de la novela, en lo que atañe al «caso Necháyev», la atestiguan cumplidamente los cuadernos en que Dostoyevski fue esbozando caracterizaciones, incidentes, problemas y soluciones relativos a la composición de *Los demonios*. Durante gran parte de ella da en los cuadernos el nombre de Necháyev al personaje que en la novela acabaría por llamarse Piotr Stepánovich Verjovenski; asimismo da los nombres de Uspenski y Miliukov, ambos cómplices «reales» en el asesinato de Ivanov, a los que iban a llamarse en la versión final, respectivamente, Virguinski y Liputin, cómplices a su vez de Piotr Verjovenski en el asesinato de Shátov. Claro está que ello no supone identidad absoluta entre los personajes reales y los ficticios. Dostoyevski, en fin de cuentas, no escribía la historia de una *cause célèbre*, documentándose para ello en los archivos judiciales. Lo que sí supone es un interés mayúsculo en «tipos» y «pautas» de la escena revolucionaria contemporánea: ¿De dónde y cómo había surgido un Necháyev? ¿Qué conducía al crimen a un

idealista apocado y sentimental como Uspenski? ¿Por qué individuos de esa laya se movían con desembarazo en la sociedad misma que habían jurado destruir? ¿Por qué eran mimados de los intelectuales, a pesar de responder a esos halagos con desprecio? Esto era lo que en definitiva le preocupaba y lo que, a su modo y sin abdicar de sus prejuicios, deseaba ventilar.

Y ya que hablamos de intelectuales, detengámonos en los dos que figuran destacadamente en la novela: Stepán Verjovenski y Karmazínov. Los dos son miembros de la generación de los «padres», esto es, la que ingresa en la palestra pública en los años treinta y cuarenta del siglo XIX e incluye nombres sonados, Herzen, Belinski, Bakunin, Turguénev, Granovski, entre otros. Era una generación nada bienquista del Dostoyevski posterior al exilio siberiano, quien veía en ellos a otros tantos «descastados», historiadores, filósofos, literatos, políticos, formados, en todo o en parte, intelectualmente en el extranjero, afanosos de ensalzar la cultura occidental a costa de menospreciar a Rusia, sus instituciones y sus propios valores culturales. Por boca de Shátov —en quien cabe ver algo del novelista mismo— éste apostrofa a esos «hombres [que]... nunca amaron al pueblo, ni sufrieron por él, ni le sacrificaron cosa alguna... ¡Es imposible amar lo que no se conoce, y ellos no sabían ni jota del pueblo ruso!».

Al igual que los conspiradores ficticios, los dos intelectuales de la novela tenían sus modelos en la vida real. El prototipo de Stepán Verjovenski fue T. N. Granovski, profesor de historia en la Universidad de Moscú y, en efecto, Dostoyevski le llama Granovski en los cuadernos de trabajo que acompañaban la composición de *Los demonios*. Sin duda el novelista exagera y deforma atributos del modelo para convertirlo en el perorante, aturdido y pusilánime preceptor de Nikolái Stavroguin. El modelo de Karmazínov fue



Iván Turguénev, el gran novelista contemporáneo de Dostoyevski, por quien éste llegó a sentir vivo aborrecimiento. El aristócrata rico, sano, soltero, europeizado y ateo, residente en el extranjero, que escribía por pura afición, sin cuidarse de si sus libros se vendían o no, provocó la envidia y el resentimiento de un Dostoyevski mal pagado, agobiado de deudas, forzado a emborronar páginas sin cuento para ganar lo indispensable con que mantener a su familia, y, por añadidura, epiléptico y obcecado amante de la ruleta. Karmazínov es una caricatura sañuda que contrahace lo característico del modelo: talle, modales, atavío, modo de andar, pronunciación y, para colmo, hasta el estilo de Turguénev: el opúsculo *Merci* que Karmazínov lee en la *matinée* literaria para despedirse de su público es una perversa –aunque, sí, divertidísima– parodia de un ensayo de Turguénev titulado *Assez*. Turguénev se quejó con justa amargura del impropio ataque.

No cabe duda de que, tras la conmoción producida por el «caso Necháyev», Dostoyevski pensó en escribir una novela que fuese primordialmente una diatriba contra los responsables de prédicas y prácticas que atentaban contra el orden social. Y, en verdad, nunca habría ocasión más oportuna para hacerlo que la inmediatamente posterior al descubrimiento de la conjura. Las gentes estaban amedrentadas, creyendo, en efecto, que había nihilistas por todas partes, que las universidades eran nidos de conspiradores, que la corrupción moral afectaba a todos los estamentos sociales y que el gobierno debía tomar medidas rigurosas para atajar el mal antes de que fuera demasiado tarde. Aun la lectura más somera de *Los demonios* revela que, disimulada a veces y a veces manifiesta, la diatriba está presente en la urdimbre entera de la novela, algunos de cuyos pasajes rezuman un odio bilioso que Dostoyevski, nada extraño por cierto a las inquinas despiadadas, nunca llegó a superar. De

haber llevado a cabo la composición de tal novela como simple diatriba, hoy tendríamos ante los ojos una obra de indudable interés biográfico, aunque de dudoso valor artístico. Pero, por fortuna, algo vino a desviar al novelista de esa errada intención. Y ese algo fue el conato de otra novela, de índole teológico-metafísica, que desde tiempo atrás venía rebullendo en su magín: *La vida de un gran pecador*. *Los demonios* resultó en gran medida de la fusión de aquella novela-diatriba con esta fábula teológico-metafísica. El resultado de la fusión fue una obra a la vez intrincada y admirable, que, por una parte, refleja las preocupaciones del Dostoyevski pensador y crítico social y descubre, por otra, la prodigiosa riqueza y variedad de sus recursos artísticos.

*La vida de un gran pecador* debía incorporar uno de los grandes temas del cristianismo: el pecado y la redención. Menudean indicios de que Dostoyevski pensaba en esta obra como la cima de su carrera de escritor. De eje en su composición le serviría la idea de que el pecador nunca está tan cerca de su redención como cuando llega al último confín de la culpa, a la hondonada más tenebrosa de la degradación, al ultraje más procaz de la Ley de Dios y, por supuesto, a las leyes humanas. Se trata, pues, de un Gran Pecador, no de un mero transgresor de tal o cual Mandamiento, de alguien para quien el Pecado (y habría que escribirlo con mayúscula) es *forma*, aunque no *sustancia* de vida. Y hay que destacar que no es sustancia, porque si Vida y Pecado fueran consustanciales, la noción misma de pecado, y por ende la de redención, carecerían de sentido. De esa insustancialidad del pecado de *La vida de un gran pecador*, Dostoyevski proyectaba una primera parte dedicada a un protagonista entregado, fría y «racionalmente», a las más horrendas abominaciones, y una segunda parte en que, alumbrado por la Gracia, el gran pecador vuelve los ojos a Dios y confiesa sus delitos antes de morir. En la alquimia

que fundió y transmutó las dos novelas, ese protagonista se convirtió en Nikolái Stavroguin.

La inserción de Stavroguin en el plan de *Los demonios* alteró fundamentalmente la estructura y orientación de la novela. Relegados a un segundo término quedaron Piotr Verjovenski y sus cómplices, en cuanto que la diatriba sociopolítica, trenzada ahora con otros incidentes más íntimos, perdía en sensacionalismo lo que ganaba en hondura y motivación. El centro de rotación de la novela vino a ser Stavroguin, personaje en el que no es difícil vislumbrar rasgos del héroe romántico: hermoso, soberbio, misterioso, sensual, antisocial, violento, suicida y satánico. Sobre todo satánico, de un satanismo análogo al de aquellos románticos que, como apunta Anatole France, también se sintieron atraídos por «los encantos del pecado y la grandeza del sacrilegio; y cuyo sensualismo se deleitaba con los dogmas que a otras voluptuosidades agregaban la suprema voluptuosidad de condenarse».

Lo que particularmente distingue a Stavroguin es ser encarnación de la fuerza, de una fuerza que él mismo califica de «infinita», física a la vez que psíquica, que pone a prueba de continuo para cerciorarse de que es inagotable. Es cualidad suya que reconocen instintivamente cuantos le rodean. En las mujeres –Dasha, Liza, Maria Lebiádkina, Maria Shátova– se revela como atracción magnética: se sienten fatalmente arrastradas hacia él, aunque acaben por rechazarle, horrorizadas, cuando descubren su helada y maléfica indiferencia. Los hombres –Piotr Verjovenski, Shátov, Kirílov– sienten asimismo los efectos de ese magnetismo irresistible y demoníaco. Y hasta cuando alguno de ellos, como Shátov, termina por zafarse de él, no puede menos de decir acongojado a su antiguo mentor: «¿Es que no besaré las huellas de sus pies cuando se marche? ¡No puedo arrancarle de mi corazón, Stavroguin!». En el caso de Piotr

Verjovenski, la atracción llega casi al arrebatado amoroso: «¡Stavroguin, es usted hermoso!... ¡Usted es mi ídolo!... Usted es mi caudillo, usted es mi sol y yo soy su gusano...».

Pero lo sorprendente es que esa fuerza, que él mismo conoce y los demás intuyen, es inútil. Es –si se permite la extravagante paradoja– una «fuerza inerte». Frialdad, mutismo, impavidez, indiferencia ante todo lo divino y humano, situación más allá del bien y del mal..., tales son las perspectivas en que vemos a Nikolái Stavroguin. Con frecuencia se han citado, por su sentido simbólico, las palabras con que Dostoyevski lo retrata cuando nos lo presenta, adormilado, en un sofá de su despacho: «Tenía la cara pálida y severa, inmóvil, como congelada... Parecía indudablemente una figura inanimada de cera». Visión cadavérica; muerte del espíritu. En otros términos, una máscara. Y lo que puede haber tras esa máscara es menos *Stavroguin* que *un* Stavroguin que cada uno de los que le rodean se ha forjado de acuerdo con su privativa expectación. Y, cabe añadir, lo que pueda ser el Stavroguin «real», aparte de su inservible fuerza, es algo que nadie conoce y él, quizá, menos que nadie.

\*

El texto traducido es el del tomo VII de las *Obras escogidas* de Dostoyevski: *Sobranie sochineni*, Moscú, Judózhestvennaya Literatura, 1957.

Juan López-Morillas

# Los demonios



*Y había allí un hato de muchos puercos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos; y los dejó. Y salidos los demonios del hombre, entraron en los puercos; y el hato se arrojó de un despeñadero en el lago y ahogose. Y los pastores, como vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por las heredades. Y salieron a ver lo que había acontecido; y vinieron a Jesús, y hallaron sentado al hombre de quien habían salido los demonios, vestido y en su juicio a los pies de Jesús; y tuvieron miedo.*

San Lucas, cap. VIII, 32-37.

(Versión de Cipriano de Valera.)





# Primera parte



# 1. Por vía de introducción: Algunos pormenores de la biografía del muy estimado Stepán Trofímovich Verjovenski

1

A punto de empezar la descripción de los recientes y muy singulares acontecimientos que se han producido en esta nuestra ciudad –hasta ahora por ningún concepto notable–, creo necesario, por falta de pericia, arrancar de una época algo anterior con algunos detalles biográficos acerca del muy estimado e ingenioso Stepán Trofímovich Verjovenski. Considérense estos pormenores a modo de introducción a la crónica que aquí se ofrece y quédese para más adelante la historia que me propongo referir.

Lo diré sin rodeos: Stepán Trofímovich había desempeñado siempre entre nosotros un papel en cierto modo especial y, por así decirlo, cívico; papel que amaba con pasión, hasta el extremo de que sospecho que sin él no hubiera podido vivir. No es que yo le compare con un histrión; Dios no lo permita, puesto que le respeto mucho. Puede que todo sea cuestión de costumbre o, mejor dicho, de una propensión suya, tan noble como pertinaz, a fantasear, desde la infancia y con agrado, sobre lo bello y cívico de su posición. Por ejemplo, gustaba sobremanera de su condición de «perseguido» y, si se permite la expresión, de «exiliado».

En estas dos palabritas hay cierto fulgor clásico que le había deslumbrado de una vez para siempre y que, elevándole gradualmente en la opinión que de sí mismo tenía, acabó por colocarle años adelante en un pedestal tan alto como lisonjero para su vanidad. En una novela satírica inglesa del siglo pasado, un tal Gulliver, de regreso del país de los liliputienses donde los habitantes no pasaban de tres pulgadas y media de altura, llegó a considerarse como un gigante hasta el punto de que, andando por las calles de Londres, gritaba maquinalmente a los transeúntes y los carruajes que se quitasen de delante y cuidasen de que no los atropellase, imaginándose que él seguía siendo gigante y los otros liliputienses. Con tal motivo se mofaban de él y le colmaban de improperios, y más de un cochero zafio midió con su látigo las espaldas del gigante. ¿Era eso justo? ¿Hasta dónde puede llevarnos la costumbre? La costumbre llevó casi a eso mismo a Stepán Trofímovich, pero de manera más inocente e inofensiva, si así cabe decirlo, porque se trataba de un hombre excelente.

Yo me inclino a creer que hacia el final todos y en todas partes le olvidaron; y, sin embargo, no cabe decir que antes fuera enteramente desconocido. No hay duda de que también él compartió algún tiempo el glorioso ideal de algunos prohombres de nuestra generación precedente y de que en cierto momento —aunque sólo en un brevísimo minuto— muchas gentes irreflexivas de aquella época pronunciaban su nombre casi a la par de los de Chaadáyev, Belinski, Granovski y Herzen —este último acababa de irse a vivir en el extranjero—. Ahora bien, la actividad de Stepán Trofímovich concluyó casi en el minuto mismo en que había empezado, como consecuencia, por así decirlo, de un «torbellino de circunstancias coincidentes». Bueno, ¿y qué? Pues que, como luego se vio, no sólo no hubo «torbellino», sino ni siquiera «circunstancias», al menos en esa

ocasión. Con gran asombro mío, pero de fuente absolutamente fidedigna, supe hace días que Stepán Trofímovich no sólo no vivía entre nosotros, en nuestra provincia, en calidad de exiliado, como solíamos creer, sino que nunca estuvo vigilado. Después de esto ¡júzguese de lo vigorosa que es la propia fantasía! Durante toda su vida creyó con sinceridad que se le temía en ciertas esferas, continuamente, que sin descanso se le seguían y contaban los pasos, y que cada uno de los tres gobernadores que en nuestra provincia se habían sucedido en los últimos veinte años ya traía consigo, al llegar a ella para ocupar el cargo, cierta opinión preconcebida respecto a él, sugerida «desde arriba» al darse posesión del gobierno. Si alguien hubiese asegurado entonces a Stepán Trofímovich que nada tenía que temer, se hubiera ofendido sin duda. Era, no obstante, hombre de aguda inteligencia y dotes sobresalientes, hombre de ciencia, si así cabe llamarle, aunque, bien mirado, en ciencia..., bueno, para decirlo de una vez, en ciencia no había hecho gran cosa y, según parece, nada en absoluto. Pero así sucede bastante a menudo con los hombres de ciencia aquí en Rusia.

Regresó del extranjero y logró distinguirse como «lector» en una cátedra universitaria hacia fines de la década de los cuarenta. No llegó a explicar más que unas cuantas lecciones, al parecer sobre los árabes; pero sí llegó a defender una brillante disertación sobre la creciente importancia civil y hanseática de la ciudad alemana de Hanau entre los años 1413 y 1428, así como sobre los motivos oscuros y singulares de que tal importancia no llegase a cuajar. La mentada disertación fue un sutil y punzante ataque contra los eslavófilos de entonces, entre los cuales se ganó al punto un sinfín de enemigos acérrimos. Más tarde —después de perder la cátedra— logró publicar (en cierto modo por venganza y para hacerles ver lo que se habían perdido) en una revista progresista mensual, que imprimía tra-